

discreta y soñadora no admite superioridades por cima de las que ella cree poseer. ¡Tal vez tendría ella razón! Tal vez, al contrario, cometí la imprudencia de tener demasiada fe en su ingenua naturaleza y la descuidé un poco en ciertas ocasiones. ¡Ay! ¡no se sabe jamás, ni en política, ni en el hogar, si los imperios caen por demasiada confianza ó demasiada severidad! ¡Tal vez el marido de Honorina no supo llenar sus sueños de adolescente! ¿Se puede saber acaso á qué precepto se ha faltado en los días de felicidad?

» Yo no recuerdo el cúmulo de reproches que se dirigió el conde, con la buena fe del anatomista que busca las causas de una enfermedad, que no conocen sus compañeros; pero su clemente indulgencia me pareció entonces verdaderamente digna de la de Jesucristo, cuando salvó á la mujer adúltera.

» —Diez y ocho meses después de la muerte de mi padre, que precedió á mi madre algunos meses en la tumba, dijo haciendo una pausa, llegó la terrible noche en que fui sorprendido por la carta de Honorina. ¿Por qué mágicas ilusiones había sido seducida mi mujer? ¿Cuál de estas fuerzas le habría sorprendido ó arrastrado? No quise hacer indagaciones. El golpe fué tan cruel, que durante un mes se me paralizó la inteligencia. Más tarde, la reflexión me ha hecho permanecer en mi ignorancia, y las desgracias de Honorina me han enseñado muchas cosas. Hasta este momento, observe usted, Mauricio, que todo es vulgar; pero bien pronto dejará de serlo al pronunciar dos palabras: *adoro, amo á mi mujer*. Desde el día del abandono, vivo de recuerdos, me complazco en hacer todo lo que le gustaba á Honorina. ¡Ah! me dijo al ver el asombro pintado en mi semblante, no me consideréis un héroe ó un tonto, para no haber buscado distracciones á mi mal. ¡Ay, hijo mío! ¡he sido muy niño ó muy apasionado; no he sabido encontrar otra mujer en el mundo entero!... Después de luchas horribles conmigo mismo, he intentado aturdirme, he caminado con el dinero en la mano hasta el terreno de la infidelidad; pero al llegar allí, se dibujaba ante mi vista una blanca estatua que me cortaba el paso: el recuerdo de Honorina. Al acordarme de la finura de su tez, á través de la cual se veía correr la sangre y palpar los nervios; al acordarme de su preciosa cólera, sencilla é ingenua la víspera de mi desgracia, como el día en que le dije: «¿Quieres que nos casemos?», al recordar el perfume

celestial que la rodeaba, la luz de sus miradas y la gracia de sus movimientos, hufa como un hombre que va á violar la tumba y que ve salir el alma del muerto transfigurada. En el Consejo, en el Tribunal, en mis negocios, tengo tan fijo el recuerdo de Honorina, que muchas veces no hablo porque temo nombrarla. Ved el secreto de mi afán por el trabajo. No he sentido hacia ella deseo de venganza, del mismo modo que no la siente un padre al ver que su hija predilecta se ha dirigido por malas sendas á causa de impremeditación. Comprendo que habría hecho de mi mujer la poesía de la vida, y yo gozaba de esa poesía con tanta más embriaguez, cuanto que la creía compartida. ¡Ah! ¡Mauricio! Un amor sin discernimiento, es en un marido la falta que puede originar las de su mujer. Tal vez dejé sin cultivar las facultades infantiles de mi esposa, ó tal vez la agobié de amor antes de que la hora del amor sonase para ella. Demasiado joven para comprender la constancia en la mujer, ella tomó la primera prueba del matrimonio por la vida entera, y tal vez maldijo en silencio su destino, sin atreverse á lanzar ninguna queja, por pudor de su alma. En una situación así, tal vez se habrá encontrado sin defensa ante un hombre que la ha debido arrastrar violentamente. Y yo tal vez, magistrado, según el mundo, dotado de buen corazón, pero de un entendimiento preocupado, adiviné muy tarde las leyes del código femenino, desconocidas para mí, pero que después he leído á la luz del incendio que devoraba mi techo. He hecho de mi corazón un tribunal, en virtud de la ley, ya que ésta erige en juez al marido, y de ese tribunal ha salido ella absuelta y yo culpable. Pero el amor ha tomado en mí la avasalladora forma de la pasión, de esa pasión cobarde y absoluta, que suele apoderarse de algunos ancianos. Ahora amo á Honorina ausente, con la fuerza de un amor contrariado; la amo con la vehemencia del que anhela poseer una mujer hermosa. Me siento animado de la audacia del viejo y la fuerza del joven, y al mismo tiempo de la timidez del adolescente. No sé lo que pasa en mí. Amigo mío, la sociedad no tiene más que burlas para mi horrorosa situación conyugal. Mientras tiene compasión para el amante, vé en un marido no sé qué impotencia, y se ríe de él por no haber sabido conservar la mujer que adquirió por medio del yugo conyugal. Así es que he tenido que callar. Sérizy es feliz. Debe á su indulgencia el placer de ver á su mujer, la protege, la

defiende, y como la adora, experimenta los goces inefables del beneficio, y no se inquieta por nada, ni por el ridículo siquiera, pues bautiza con su nombre paternal el afecto hacia su esposa. Pero yo, ni aun el ridículo tengo que afrontar; yo, que sólo me sostengo de un amor secreto; yo, que no sé decir ni una galantería á una mujer de mundo; yo, que rechazo la prostitución, me desespero en la soledad. Le soy fiel á mi mujer, hasta por temperamento. Sin mi fe religiosa, me hubiera suicidado. Me he lanzado al abismo del trabajo, para fatigarme mucho y distraerme hasta debilitar mis sentimientos, y he salido de ese abismo vivo, abrasado, habiendo perdido el sueño.»

No recuerdo las palabras de este elocuente hombre, al cual la pasión daba más energía cuando se hallaba en la tribuna: al escucharle, sentía yo rodar las lágrimas por mis mejillas. Juzgad mis impresiones cuando, después de una pausa necesaria para enjugar nuestras lágrimas, acabó su relato con esta relación:

«—He aquí el drama de mi alma, pero este no es el drama exterior que represento en París. El drama interior no interesa á nadie. Yo lo sé y también lo sabrá usted algún día, á pesar de que en estos momentos llore usted: nadie sobrepone á su corazón, y sobre todo á su epidermis, el dolor de otro. Nadie quiere sufrir por causas que no le son propias. El verdadero dolor está en uno mismo y la extensión de él nadie puede comprenderla; usted mismo sólo lo conoce vagamente, á pesar de que toma parte en él. Algunas veces me verá usted querer calmar mi desesperación, contemplando una miniatura, en la que mi mirada besa aquella frente adorada, la sonrisa de sus labios, el contorno de su rostro y los negros bucles de su cabellera. Otras veces, después de torturarme con los agudos dardos del dolor, he pasado á la esperanza, me he dirigido á la calle y he andado muchísimo con el intento de fatigarme. Siento desfallecimientos como los enfermos que mueren por consunción, hilaridades de loco, ideas absurdas y espantosas. Mi vida es un parosismo de terrores, de amarguras y de desesperación. Por mi parte, ya ve usted que hago cuanto puedo: voy al Consejo de Estado, al Parlamento, al Club, al Ateneo. Pero las horas de la noche son para mí más largas que las que empleo en ejercitar mis facultades. Honorina es mi asunto más importante. Recobrar á mi mujer es mi ambición única, es la idea fija que me per-

sigue. Velo por ella sin que lo sepa, atiendo á sus necesidades, le proporciono recursos para todo, procurando que lo ignore. Este es mi único placer. Estoy cerca de ella cuanto puedo, como un espíritu invisible, sin dejarme adivinar, porque entonces ya lo perdería todo. Hace siete años que no me he acostado un solo día sin haber ido á ver la luz que le presta vívido resplandor y su hermosa silueta entre las cortinas de su balcón. Ver su sombra, esto es lo que tanto me satisface. Dejé mi casa sin llevarse de ella más que el traje que tenía puesto. Ha llevado su delicadeza hasta la tontería: todo lo que le pertenecía lo ha dejado. Algunos meses después de su fuga fué abandonada por su amante, que se mató ante el duro, siniestro y frío aspecto de la miseria. ¡Cobardel! Aquel hombre había contado sin duda con la cómoda vida que se dan en Suiza é Italia las grandes damas al abandonar á sus maridos. Aquel miserable la dejó en cinta y sin un real. En el mes de noviembre de 1820, cuando mi mujer iba á dar á luz, busqué al primer comadrón de París é hice que se fingiera el cirujano del barrio al que ella había dado orden de llamar. Decidí al cura de la parroquia para que se encargase de atender á las necesidades de la condesa, bajo el pretexto de practicar una obra de caridad. Ocultar el nombre de mi mujer, asegurarle el incógnito, encontrar una compañera inteligente que me fuera adicta, ¡qué improbo trabajo! Para encontrar el asilo de mi mujer, no me fué necesaria más que una gran perseverancia ayudada del dinero. La idea de consagrarme á Honorina me pareció tan santa, que tomé á Dios por testigo de cuantos pasos di. Esto sólo le ocurre á un hombre verdaderamente enamorado, pues es muy pequeño querer asociar á Dios á nuestras pasiones. Todo amor necesita alimentarse de algo. Además, yo debía proteger á aquella inexperta criatura, que tal vez fué culpable por imprudencia mía. Yo debía protegerla de nuevos desastres. Procuré cumplir bien mi papel de ángel guardián. Después de siete meses, su hijo murió, felizmente para ella y para mí. Mi mujer quedó abandonada entre la vida y la muerte en el momento que más necesitaba del brazo de un hombre; pero este brazo necesario, dijo tendiendo el suyo con sublime energía, se extendió sobre su cabeza. Honorina fué cuidada como lo hubiera sido en este palacio. Cuando en la convalecencia preguntó quién la había socorrido, le contestaron que las hermanas de la caridad del barrio, la sociedad maternal

y el venerable cura de la parroquia, que protegía á todos los desdichados. Esta mujer, orgullosa, desplegó en la desgracia gran valor y una resistencia tan extraordinaria, que parecía más bien un empeño terco, tenaz. Honorina quiso ganar su vida con el trabajo. Hace cinco años que reside en un precioso pabellón y se dedica á hacer flores de trapo. Cree vender los productos de su elegante trabajo á un mercader bastante espléndido que suele darle veinte francos diarios, y no abriga la menor sospecha de nada. Ella tiene pasión por las flores, y da cien escudos á un jardinero, al que yo doy grandes gajes para que se esmere más. He prometido á este hombre darle habitación en una de mis propiedades, á condición de que ha de ser reservado; la más leve indiscreción le perdería. Honorina tiene su pabellón y su jardín por quinientos francos de alquiler según su cuenta. Vive allí, bajo el nombre de su compañera la señora Gobain, anciana simpática y discreta, que supe yo encontrar y de la cual se ha hecho querer. Los cuidados que la anciana le prodiga se los recompensó bien. Hace tres años que Honorina es feliz, creyendo que sólo debe á su trabajo la desahogada posición que disfruta. Y, ya sé lo que quiere usted decirme, exclamó el conde al ver una interrogación en mis ojos y mis labios. Ya he hecho una tentativa. Un día, cuando creí por algunas frases de la señora Gobain que era fácil una reconciliación, escribí á mi mujer una carta por el correo, en la cual traté de halagarla y de seducirla: aquella carta la empecé veinte veces con mil ensayos. ¡Qué angustias pasé! Anduve mil veces desde la calle de Payenne hasta la de Reuilly, como un condenado que va desde el cielo al infierno, sin reposar en ningún sitio. Era de noche, la tempestad crecía y yo continuaba esperando á la señora Gobain, para que me repitiera las palabras que hubiese pronunciado mi mujer. Honorina, al reconocer mi letra, arrojó la carta al suelo sin leerla. «Señora Gobain, le dije imperiosamente, desde mañana dejaré esta habitación.» Esta frase fué un rayo para el hombre que experimentaba grandes alegrías en proporcionarle por medio de nobles supercherías ricos pavos, esquisitos pescados, faisanes y los mejores pasteles y dulces, pagados á precios exorbitantes, mientras ella tenía la candidez de creer que con doscientos cincuenta francos al año pagaba á la señora Gobain una cocina mejor servida que la de un obispo. ¡Me ha sorprendido usted algunas veces frotándome las manos y revelando felici-

dad? Es cuando acabo de engañar á mi mujer, haciendo que un mercader le lleve un rico chal de India, diciendo que lo vende una actriz que apenas lo ha usado, y en el cual antes he tenido la debilidad de envolverme, acercándolo mucho al corazón, para transmitirle algo de mi fuego. Hoy se resume mi vida en las dos palabras que expresan los más violentos suplicios: *amo y espero*. Tengo en la señora Gobain un fiel espía de aquel corazón adorado. Todas las noches hablo con ésta y sé por ella todo lo que hace Honorina durante el día; sus movimientos, sus frases, pues el más pequeño detalle me puede revelar el estado de aquella alma sorda y muda. Honorina es piadosa: reza y acude al templo á buscar consuelo; pero no se confiesa ni comulga. ¡Teme lo que le diría el confesor! No quiere que le ordenen volver á mí. Este horror que le inspiro me asusta, pues jamás le he hecho el menor daño y siempre he sido bueno para ella. Supongamos que he tenido demasiada insistencia para instruirlo y que mi rudeza de hombre haya herido su delicada susceptibilidad ó su legítimo orgullo. ¿Es este motivo suficiente para perseverar en una resolución que sólo el odio debe inspirar? Honorina no le ha dicho jamás á la señora Gobain quién era y guarda el más escrupuloso silencio acerca de su matrimonio: de modo que esta buena mujer no puede decirle nada en mi favor. Los criados nada saben. Me es imposible penetrar en el corazón de Honorina; la ciudadela es mía, y no puedo tomar posesión de ella. No tengo ni un solo medio de acción. Una violencia me perdería para siempre. ¿Cómo combatir lo que ignoro? He pensado escribir una carta á Honorina, hacerla copiar y valerme de ingeniosos medios para que la lea. Pero esto es arriesgarme nuevamente, y temo me cueste cara la prueba. Si yo no sintiera en mí todas las facultades nobles satisfechas, si no gozara con la satisfacción de mi buena conducta, si los elementos de mi destino no perteneciesen á la paternidad divina, hay momentos en que el pensar me volvería maniático. Algunas noches tengo miedo hasta de la transacción violenta de una débil esperanza, que brilla y se apaga momentáneamente y que al apagarse me arroja en la sima del desencanto. He meditado algunos días acerca del desenlace de Clarisse y Lovelace, diciéndome: Si Honorina tuviera una hija mía, se vería obligada á volver á la mansión conyugal. En fin, tengo tanta fe en mi feliz porvenir, que hace diez meses he adquirido un hermoso palacio

en el barrio de Saint-Honoré, para que, si me uno á Honorina, no tenga que volver á ver las habitaciones de las cuales huyó y para que nada le recuerde su pasado. Quiero colocar á mi ídolo en un nuevo templo para que no se vea atormentado por tristes recuerdos. Están trabajando para convertir aquel palacio en una maravilla de elegancia y de arte. Me han hablado de un poeta que se volvió loco de amor por una cantante y que anduvo buscando por todo París la mejor cama, sin saber lo que le reservaba su amada, ignorando completamente si sería aceptado. Pues bien, al más frío de los magistrados, al que pasa por el más grave consejero de la Corona, al oír esta anécdota se le ha conmovido hasta la última fibra del corazón. El orador de la Cámara comprende á este poeta que revestía su ideal de una posibilidad material. Tres días antes de la llegada de María Luisa, el emperador hablaba solo, creyendo que ésta le iba á contestar. Todas las pasiones gigantescas se parecen. Yo amo como el poeta y el emperador.

»Al oír estas palabras, creí en la enajenación del conde Octavio; se levantó, gesticuló, paseóse y se detuvo impulsado por la fuerza de sus palabras.

»—Soy muy ridículo, dijo después de una gran pausa, pareciendo pedir una mirada de compasión.

»—No, lo que es usted muy desgraciado.

»—Sí, sí, dijo reanudando el hilo de sus revelaciones ó siguiendo el curso de su confidencia; sí, soy más desgraciado de lo que usted se piensa. Por la fuerza de mis palabras puede usted y debe creer en la pasión más intensa que está anulando hace nueve años mis facultades intelectuales, en la pasión que me inspira su belleza física. Pero esto no es nada en comparación del entusiasmo que me inspira su alma, su espíritu, su corazón, sus maneras, todo lo que en la mujer no es la mujer, en fin, esas encantadoras impresiones que el amor inspira, y que son la poesía de una dicha fugitiva. Veo, por medio de un fenómeno retrospectivo, todos los cantos de Honorina, en los cuales no me fijaba en mis días de ventura, como les suele suceder á las personas dichosas. De día en día voy reconociendo lo mucho que he perdido al considerar las bellas cualidades de que estaba dotada esa niña caprichosa y ligera, que se hizo tan fuerte bajo la pesada mano de la miseria, bajo el golpe más vil y el más cobarde abandono. ¡Y esa flor celestial se marchitó solitaria, oculta

y triste! ¡Ah! ¡la ley de que hablábamos, dijo con amarga ironía, no podría traérmela ni presa por una partida de gendarmes! ¡No me traerían á Honorina, sino su cadáver! La religión no ha tenido acción sobre ella para esto; ella toma de la religión la parte poética; reza, sin escuchar los mandamientos de la Iglesia. Yo he agotado mi clemencia, mi bondad, mi calma. He llegado al colmo. No diviso más que un medio de triunfo: la astucia y la paciencia con que los pajareros cogen los pájaros más ágiles, más desconfiados, más fantásticos y más raros. Así es que, Mauricio, cuando la disculpable indiscreción de Grandville le ha revelado á usted el secreto de mi vida, he concluido por ver en este suceso una de esas disposiciones de la suerte, que por ser tan favorables, sorprenden al jugador que lo cree todo perdido. ¿Siente usted por mí bastante cariño, ó sólo es una compasión hija del romanticismo que suele apoderarse del alma á la edad de usted?

»—Le comprendo á usted, señor conde, respondí interrumpiéndole; teme usted que su secretario ame á su esposa. ¿Es posible poner la mano en un brasero sin abrasarse? dije, por oír al conde.

»—No tema usted, llevaré la mano cubierta con guante de hierro. No será mi secretario el que se alojará en la calle de Saint-Maur, en la casita del hortelano que he dejado libre; será mi primo, el barón de Hostal, magistrado de París.

»Después de un momento de sorpresa, oí sonar la campanilla y rodar un carruaje por el patio. En breve anunció un ayuda de cámara á la señora Courteville y á su hija. El conde Octavio tenía numerosa parentela por la línea materna. La señora de Courteville, su prima, era viuda de un juez, que la dejó sin fortuna y con una hija. ¿Qué podía ser una mujer de veintitrés años al lado de una de veinte, tan bella como pudiera soñarla la más ambiciosa y poética fantasía?

»—Le hago á usted barón, magistrado de París y le doy en dote este hermoso palacio; creo que con esto tendrá usted bastantes razones para no amar á mi mujer, me dijo al oído.

»Después me presentó á la señora Courteville y á su hija. Quedé deslumbrado, no por los ofrecimientos ventajosos del conde, que jamás había soñado, sino por la radiante belleza de la señorita Amelia de Courteville.

»—No hablemos aquí de mí, dijo el conde haciendo una pausa.

»—Veinte días después, fui á vivir á la casa del hortelano, que habían limpiado, arreglado y amueblado, con esa celeridad que se explica en tres palabras, á saber: París, el obrero francés y el dinero. Yo estaba tan enamorado como podía desearlo el conde para su completa tranquilidad. ¿Sería bastante la prudencia de un joven de veinticinco años, para las intrigas y asechanzas que tenía que arrostrar en pro de la dicha de mi bienhechor? Para resolver este problema, confieso que contaba con mi tío, pues fui autorizado por el conde para imponerle de su secreto en el caso de que creyese necesaria su intervención. Me hice jardinero hasta la monomanía; me ocupaba con entusiasmo en cultivar el jardín como un hombre al cual no le preocupa otra cosa. Del mismo modo que algunos lunáticos de Inglaterra ú Holanda, parecía monoflorista. Cultivaba especialmente dalias, reuniendo todas las especies. Adivinaréis que mi línea de conducta estaba trazada por el conde, cuyas facultades intelectuales se emplearon completamente en los menores sucesos de la tragicomedia que debía representar en la calle Saint-Maur. En el momento en que se acostaba la condesa, entre once y doce, nos reunimos el conde, la señora Gobain y yo para resolver. Oí que la anciana le daba exacta cuenta de los menores detalles de la vida de la condesa, de sus movimientos, de sus ocupaciones, de sus comidas, hasta de las flores que copiaba con tela y alambres. Entonces comprendí lo que era un amor furioso, cuando procede del corazón, de la inteligencia y de los sentidos. ¡Triple y doloroso amor! El conde no vivía más que en la hora en que se comunicaba con la anciana. En los meses que duraron los trabajos preparatorios, no dirigí la vista al pabellón en que habitaba mi vecina. Yo no había preguntado siquiera, al menos en apariencia, si tenía alguna vecina, aunque el jardín de la condesa y el mío estuviesen separados únicamente por una empalizada, delante de la cual había hecho plantar unos cipreses que ya tenían cuatro pies de altura. Una mañana anunció la señora Gobain á la condesa la rara intervención de un vecino original que pensaba levantar una tapia entre los dos jardines. No puedo decirles la curiosidad ardiente que me dominaba, los vehementes deseos que sentía de conocer á la condesa. ¡Ver á la condesa! Esta sola

idea hacía palidecer momentáneamente hasta el amor que yo sentía por Amelia. Mi proyecto de edificar una tapia era una horrible amenaza. El jardín llegaría á ser para Honorina una calle de árboles cerrada entre la pared que yo obrase y su pabellón, por lo que respiraría menos aire. Su pabellón, antigua casa de campo, parecía un castillo de naipes; no tenía más de treinta pies de latitud por unos ciento de longitud. La fachada, pintada en estilo alemán, figuraba un enrejado de flores hasta el primer piso, y presentaba un precioso *specimen* de estilo Pompadour con tanta propiedad denominado *recoco*. Se llegaba allí por una larga hilera de tilos. La señora Gobain había hablado ya de mí á la condesa, así es que ésta preguntó enfadada:—¿Quién es ese vecino florista?

»—No lo sé, contestó la señora Gobain, creo que no es fácil conquistarle por medio alguno, pues siente un horror invencible hacia las mujeres. Es sobrino de un distinguido prelado de París. No he visto al tío más que una vez, anciano de setenta y cinco años de edad, tan feo como amable. Se dice en nuestros alrededores que el tío fomenta en el sobrino la pasión á las flores, evitando por este medio que se entregue á otras pasiones menos inofensivas.

»—Entonces ¿quién es nuestro vecino? dijo la condesa alzando la cabeza. ¿Es un tronera, un misántropo, ó qué es?

»Los locos tranquilos son los únicos hombres de los cuales no desconfían las mujeres en materia de sentimientos. Verán ustedes, por la continuación de mi relato, cuán bien había pensado el conde al elegirme para representar aquella comedia. En las cercanías de donde habitaba, creían que yo no tenía más que una dulce y poética monomanía, y esta era los flores.

»—Pero ¿qué le sucede? insistió la condesa.

»—Ha estudiado demasiado y es un sabio. Y ya que quiere usted saber cuanto se dice de él, le manifestaré que tiene sus razones para odiar á las mujeres, ó al menos para no amarlas.

»—Pues bien, ruéguele usted que venga: los locos me asustan menos que los cuerdos; yo le hablaré, y tal vez le convenza. Si no lo consigo, hablaré al señor cura.

»Al día siguiente de esta conversación, paseándome por el jardín, vi en el primer piso del pabellón vecino descubiertas las cortinas de una ventana, tras la cual se hallaba

en observación una mujer. La señora Gobain se dirigió á mí. Yo miré bruscamente al pabellón, haciendo un gesto brutal como si dijese: ¿Qué me importa mi vecina?

»—Señora, dijo la Gobain al dar cuenta á la condesa de su embajada, el vecino me ha dicho que le deje tranquilo, que cada uno es dueño de su casa, sobre todo cuando vive sin mujer alguna y en completa soledad.

»—Tiene razón el loco, repuso la condesa.

»—Sí, pero al fin ha concluído por decirme: «Iré». Le he convencido de que si no accedía á verle á usted, haría la desgracia de una persona que vive en la soledad y cuyo único entretenimiento son las flores. Indudablemente, al saber que siente usted también su pasión favorita, ha debido conmovirse.

»Al día siguiente, supe, por una seña de la Gobain, que esperaba mi visita. Después de almorzar, la condesa se paseaba por el jardín; esperé este momento, salté por la empalizada y me dirigí hacia ella. Yo estaba en traje de campo.

»—Condesa, dijo la Gobain, este caballero es vuestro vecino.

»La condesa no se asustó. Empecé á observar á la mujer que tanta curiosidad me inspiraba, ya por la vida especial que hacía, ya por las confidencias del conde. Nos hallábamos en los primeros días del mes de mayo. El aire puro, el cielo azul, el verde brillante de las primeras hojas y los perfumes primaverales, formaban un cuadro arrebatador. Al ver á Honorina, me expliqué la pasión del conde Octavio y la verdad de este símbolo. Honorina es una flor célica. Su blancura me llamó la atención por su tono particular, pues hay distintos blancos, como hay distintos azules y encarnados. Al mirar á Honorina se detenía la mirada sobre su fina epidermis, á través de la cual se veían filamentos azules. A la menor emoción su sangre parecía circular más aprisa, bajo el fino tejido de sus venas, como un rosado vapor extendiéndose sobre una capa de nieve. Cuando nos encontramos, los rayos del sol, atravesando por entre las hojas de las acacias, rodeaban á Honorina de ese nimbo dorado muy pálido, que sólo Rafael y Ticiano han sabido pintar alrededor de la Virgen. Sus ojos oscuros expresaban á la vez ternura y alegría; su brillo se reflejaba en el semblante á través de sus largas y sedosas pestañas. Por el movimiento de sus párpados, se leían algunas de sus impresiones, tanto sentimiento, majestad, desprecio ó deses-

peración había en su manera de levantar ó bajar los párpados, esos velos del alma.

»Podía helarlos y encenderlos con una mirada. Sus cabellos recogidos en la parte inferior de la cabeza, dejaban descubierta una frente ancha y soñadora, una frente de poeta. Su boca era completamente voluptuosa. Como raro privilegio en Francia y muy común en Italia, todas las líneas y contornos de aquella noble cabeza parecían desafiar al tiempo. Aunque esbelta, Honorina no era demasiado delgada y sus formas me parecieron de esas que despiertan el amor cuando se le cree dormido. Su figura era elegante, suave, dulce, flexible; su voz parecía una caricia. Sus diminutos pies, que resonaban sobre la arena, producían un ruido ligero que le era propio y que armonizaba con el que producía su larga cola, resultando una música femenina que llegaba al corazón y que hacía que Honorina, aun sin ser vista, no pudiera confundirse con mujer alguna. Su porte recordaba sus antiguos hábitos de nobleza: soportaba su nueva situación con digna altivez, con resignación, pero sin abatimiento. Alegre, firme y orgullosa, no se la concebía dotada de otras cualidades: se observaba en ella algo infantil, inexplicable. Pero la niña podía hacerse fuerte como el ángel rebelde, y al ser herida en su amor propio volverse implacable. La frialdad de su expresión podía ser la muerte para aquellos á quienes sus ojos habían sonreído y sus labios besado, para aquellos cuyas almas habían recogido con respeto la melodía de su voz, que prestaba á la palabra la poesía del canto con sus acentos é inflexiones particulares. Al sentir el perfume de violeta que exhalaba, comprendí que le era imposible al conde olvidar á la mujer que realmente era una flor para el tacto, para la vista, para el olfato y para el alma. Honorina inspiraba abnegación, pero una abnegación caballeresca sin recompensa. Al verla, decía cualquiera: «Tomaos el trabajo de pensar y adivinaré», «Hablad, estoy dispuesto á obedeceros». «Si mi vida perdida en el suplicio es necesaria para un día de ventura vuestra, tomadla; sonreiré como los mártires en la hoguera, pues consagraré ese día á Dios como un homenaje». Muchas mujeres discurren mil cosas para adornarse y embellecerse, y con todo eso no producen la impresión que producía la condesa, á pesar de su abandono en el vestir y de su sencilla naturalidad. Si hablo así, es porque se trata únicamente de su

alma, de sus pensamientos, de sus delicadezas de corazón, y por temor á que me reprochen ustedes el no haberlos bosquejado. Me fué preciso olvidar mi papel de hombre descortés y loco y creo que lo olvidé sin intención alguna.

»—Me han dicho, señora, que ama usted mucho el campo, le dije por fin.

»—Soy artista en flores, caballero; soy una sencilla obrera. Después de cultivar las flores, las copio, como una madre que, por saber manejar el pincel, se puede proporcionar el placer de retratar á sus hijos. No necesito decirle que soy pobre, y que, como tal, no me hallo en estado de pagar la concesión que espero de usted.

»—¿Y cómo es que una persona, al parecer tan distinguida y de tan alta clase, ejerce una profesión necesaria á su subsistencia? pregunté con la mayor gravedad y candidez. ¿Tiene usted acaso, cual yo, razones para entregarse al trabajo queriendo distraer su imaginación? ¿ha hecho usted voto de pobreza, ó trabaja por placer?..

»—Quedémonos en la tapia divisoria, contestó graciosa-mente.

»—Nos hallamos en la fundación de ella, y sería muy bueno conociésemos cuál de los dos es más desgraciado, ó más loco, para decidir cuál de las dos locuras es la que debe ceder el paso á la otra.

»¡Ah! ¡qué mañana tan fresca y deliciosa! Siempre la recuerdo. ¡Qué hermoso jardín! Los inmensos grupos de flores dispuestos en canastillos ó formando macetas, y los ramos de guiraldas colocados con la ciencia de un floricultor, producían dulces afectos al alma. Aquel jardín llegó á ser, bajo su dirección, un pequeño museo de plantas, cultivadas por un genio artista. El propietario más soez lo hubiera respetado y no lo hubiera destinado á otra cosa. Aquel jardín, silencioso y retirado, exhalaba esencias embriagadoras que inspiraban un encanto, una dicha y una voluptuosidad inexplicables. Se reconoce el verdadero sello que el carácter imprime á nuestras cosas, cuando no estamos cohibidos por las leyes sociales, que nos hacen ser hipócritas constantemente. Yo miraba alternativamente los narcisos y á la condesa, aunque los narcisos no me interesaban. Temía olvidar mi papel de fanático por las flores.

»—Áma usted mucho las flores, caballero, según he podido observar.

»—Son los únicos seres que no burlan nuestros cuidados y nuestra ternura.

»Hice unas reflexiones tan tristes, estableciendo un paralelo entre la botánica y el mundo, que repentinamente nos encontramos á cien leguas de la pared medianera, objeto de nuestra entrevista. La condesa debió tomarme por un sér desdichado, herido en el alma, y digno de piedad. Sin embargo, en una media hora la condesa me condujo al objeto de nuestra conversación, pues las mujeres cuando no aman tienen una sangre fría extraordinaria.

»—Si deja la empalizada aprenderá usted todos los secretos de la botánica que quiero ocultar, pues busco la dalia azul y la rosa azul con gran empeño: tengo pasión por las flores azules. ¿No es el azul el color favorito de las almas delicadas? Ya que ni uno ni otro estamos en nuestra casa, mejor sería hacer una puertecita al final de una senda, que reuniese nuestros jardines. Ama usted las flores; las mías serán suyas y las suyas mías. Usted no recibe á nadie, yo no soy visitado más que por mi tío el reverendo cura de Blancs-Manteaux.

»—No quiero conceder á nadie el derecho de entrar en mi jardín á cualquier hora. Venga usted y será recibido como un vecino, con el que quiero vivir en buenas relaciones; pero amo demasiado mi soledad para turbarla con una dependencia cualquiera.

»—Como usted quiera.

»Luego volví á saltar por la empalizada. ¿Para qué necesito una puerta? me dije al verme en mis dominios. Pasaron quince días sin pensar, al parecer, en mi vecina. Hacia fines de mayo, en una hermosa tarde, nos encontramos los dos paseando lentamente alrededor de la empalizada. Fué preciso cambiar algunas palabras de cortesía; ella me encontró tan abatido por el pesar y tan afligido, que resolvió hablarme de esperanzas, dirigiéndome frases dulces y armoniosas, parecidas á los cantos que emplean las nodrizas para dormir á los niños. Por fin, franqué la empalizada y me encontré al lado de la condesa. Esta, compadecida de mis penas, me hizo entrar en su casa con objeto de calmar mi aflicción. Entré, por fin, en aquel santuario, en el que todo se hallaba en armonía con la mujer que intento describir. Reinaba en todo aquello exquisita sencillez. Aquel pabellón parecía en su interior la caja de bombones inventada

en el siglo XVIII para saciar los golosos apetitos de un gran señor. El comedor estaba cubierto de pinturas al fresco, representando mil distintos caprichos de flores trepadoras; la escalera ofrecía encantadoras decoraciones hechas á la aguada; el saloncito que hacia frente al comedor, estaba cubierto por antiguas y ricas tapicerías; después no había más que otra salita, un gabinete, cuarto de baño, gabinete tocador y una biblioteca convertida en taller de florista. La cocina caía debajo de estas habitaciones, para las que había que subir una pequeña escalinata. Aquella mansión parecía el paraíso. Sin la amarga sonrisa que vagaba frecuentemente por los rojos labios de la condesa, y sin su extraña palidez, se hubiera podido creer en la felicidad de aquella violeta oculta en un bosque de flores. Llegamos pronto á tener una gran intimidad, hija de la fe ciega que la condesa tenía en mi indiferencia hacia las mujeres. Una mirada me hubiera comprometido, así es que parecía que jamás cruzaba por mi mente un pensamiento dedicado á ella. Honorina quería ver en mí un antiguo amigo. Sus atenciones eran hijas de la compasión. Sus maneras, sus miradas, su conversación, todo distaba cien leguas de las coqueterías que se hubiera permitido la mujer más serena en un caso semejante. Pronto me concedió el derecho de entrar en el taller de flores. Una mesita cubierta de libros y de curiosidades y adornada como un *boudoir*, hacia resaltar con su elegancia los ordinarios adminículos que para hacer flores contenía. Estos eran pinceles, goma, tijeras, pinzas y otros hierros ó moldes de flores. Sin embargo, la condesa había poetizado el taller. Entre todas las ocupaciones á que se entregan las mujeres, el trabajo de flores artificiales, con sus mil detalles, es el que más permite desenvolver sus gracias. Para pintar las hojas necesita una mujer doblegarse sobre una mesa, y si lo hace graciosamente, aparece encantadora. La tapicería, tal cual lo hace una obrera que gana su vida, suele producir pulmonías y tuerce la espina dorsal. El grabado de planchas en metal es minucioso y exige grandes cuidados. La costura y el bordado fatigan la vista, sin producir treinta sueldos diarios. Pero el trabajo de modas y flores artificiales es elegante y permite una multitud de movimientos y de ideas, que dejan á una mujer distinguida en su esfera: además, esa mujer puede reír, cantar y pensar. Se notaba gran instinto artístico en la manera con que la condesa preparaba en su vela-

dor los pétalos, cálices, hojas y alambres necesarios para armar las flores. Las vasijas para los colores estaban muy limpias; un vaso japonés contenía la cola, con un pincel, que al usarlo, nunca manchaba su nivea mano. El latón, musgo, los hilos y demás, los tenía en un cajón del velador. En una caja guardaba menudo aljófara, gusanillos de luz, mariposas y otros caprichos para adornar las flores. Ella se apasionaba por su trabajo y siempre copiaba lo más difícil. Sus manos, ligeras y diestras, se dirigían de la mesa á las flores con la rapidez con que las mueve un artista sobre el teclado de un piano. Sus dedos parecían los de una hada: medía con la lucidez de su gran instinto cada movimiento, para que correspondiese al resultado que deseaba obtener. Yo la contemplaba extático mientras armaba una flor. Ella copiaba hojas verdes y amarillentas, y desplegaba la mayor fuerza de audacia y genio en sus concepciones, pues hermanaba lo más difícil de hermanar. Inventaba extrañas flores de fantasía, por no estar tomadas del natural. Luchaba con toda clase de flores, desde las más sencillas hasta las más complicadas. «Este arte, me decía, se halla en su infancia todavía. Si los parisienses tuviesen algo del genio que la esclavitud del harem exigía entre las mujeres de Oriente, hubieran creado con las flores, puestas sobre nuestras cabezas, un hermoso lenguaje. Quiero hacer, para calmar mi ambición de artista, flores un poco marchitas, con hojas color bronce florentino, como se encuentran en los campos, antes ó después del invierno. ¡Flores melancólicas y bellas, que podríamos apellidar flores de otoño! Una corona de estas flores, sobre la frente de una joven, envejecida por el dolor, sería muy expresiva. ¿Acaso no hay flores para las bacantes ebrias, para las austeras devotas y para las mujeres dominadas por el tedio? ¡Cuántas cosas puede decir una mujer con sus adornos! La botánica expresa todas las sensaciones y movimientos del alma, todas las ideas y aspiraciones.» Honorina me ocupaba en despegar hojas, en forrar alambre y otros preparativos. Mi deseo de distracción, según ella decía, me hizo hábil. Hablábamos trabajando. Cuando no me daba trabajo, le decía algo, pues yo tenía que desempeñar el papel de hombre frío, gastado, escéptico y rudo. El personaje que yo representaba me valía algunas bromas, pues solía decirme:

»—Se parece usted á lord Byron, á excepción de la cojera.

Otras veces me decía:

»—Es usted misántropo, como Job y Young.

»—Mis secretos pesares, solía decirme, cicatrizarán los de usted.

»No puedo expresar la vergüenza que me causaba, ante esta mujer, el tener que fingir heridas, como los mendigos fingen llagas para inspirar compasión y excitar la caridad. Comprendí pronto la extensión de mi abnegación al calcular la bajeza de mi espionaje. Las demostraciones de simpatía que yo recibía hubieran consolado al más afligido. Aquella encantadora criatura, alejada del mundo, sola desde tanto tiempo, teniendo, fuera del amor, mil tesoros de afecto que nunca había gastado, me los ofrecía con infantil efusión, con una piedad que hubiera llenado de amargura y desesperación á quien la hubiese amado, porque su afecto era todo compasión, todo caridad. Su desencanto hacia el amor, su incredulidad para todo lo que se llamase felicidad, brillaba en su conversación con sencilla naturalidad. Aquellos días tranquilos y hermosos, me convencieron de que la amistad de algunas mujeres tiene más encanto que el amor. Me dejaba arrancar la confesión de mis fingidas penas, haciendo los mismos dengues que suelen hacer los jóvenes obligados á tocar al piano, sabiendo que el auditorio se ha de aburrir. La necesidad de vencer mi repugnancia para hablar, estrechó nuestro lazo amistoso; ella vela con gusto mi aversión al amor, y parecía causarle cierta alegría el haber encontrado en su isla desierta un sér dotado de aficiones y odios semejantes á los suyos. Tal vez empezaba á fatigarla la soledad. Sin embargo, no ostentaba ninguna coquetería de mujer, ella no se apercibía de que tenía corazón. Vivía en regiones ideales, creadas por su fantasía. Involuntariamente comparaba yo su existencia con la del conde: la de éste, toda actividad, acción y movimiento; la de ella, todo reposo, todo inmovilidad, apatía é inercia. La mujer y el hombre obedecían perfectamente á su naturaleza. Mi misantropía me autorizaba á ciertas frases cínicas, lanzadas contra las mujeres y los hombres, con objeto de llevar á Honorina por esta senda al terreno de las confidencias; pero ella no se dejaba prender en la red y me hacía comprender esa constancia, reserva ó terquedad, mayor de lo que se cree en la mayor parte de las mujeres. «Los orientales tienen razón, le dije un día, al encerrarlas á ustedes, no considerándolas más que como instrumentos de placer. ¡Bien casti-

gada está la Europa por haberles elevado hasta concederles igualdad! Según yo, la mujer es el sér más imperfecto que se puede encontrar. No es más que un animal domesticado. Cuando una mujer ha inspirado una pasión á un hombre, es un sér sagrado para él y se reviste á sus ojos de un privilegio indescriptible. Un hombre guarda siempre reconocimiento hacia una mujer, por la felicidad que le ha proporcionado: si encuentra á su amada vieja ó indigna de él, siempre tiene algún derecho sobre su corazón; pero para la mujer, su ex amado no es nada, ó más bien un estorbo. No quieren confesarlo, pero todas las mujeres tienen en el fondo del corazón el pensamiento que las calumnias populares llamadas traición, atribuían á la dama de la torre de Nesle: «¡Qué lástima no poderse alimentar de amor, como se alimenta uno de manjares, y que después de hecha la digestión no quedase más que el recuerdo del placer!»

»—Dios ha reservado la felicidad perfecta para el paraíso. Sus argumentos son ingeniosos, pero falsos. ¿Cuáles son las mujeres que se entregan á varios amores? me preguntó mirándome como la Virgen de Ingres mira á Luis XIII, ofreciéndole su reino.

»—Es usted una actriz de buena fe, pues al pronunciar sus últimas frases, me ha dirigido usted unas miradas que harían la gloria de un artista. Bella y espiritual como es usted, ha debido amar, hoy no ama, luego ha *olvidado*.

»—Yo, contestó queriendo eludir mi pregunta, no soy una mujer; imagínese que soy una monja de sesenta años de edad.

»—¿Cómo puede usted afirmar que siente la desgracia con más fuerza que yo, cuando la desgracia en su sexo no tiene más que una forma? las mujeres no cuentan como pesares más que las decepciones del corazón.

»La condesa me miró con aire dulce, haciendo como todas las mujeres que, cogidas entre las dos puertas de un dilema, ó por las uñas de la verdad, insisten en su idea sin confesar lo que sienten.

»—Soy religiosa, repuso, y me habla usted de un mundo en el que no puedo entrar.

»—¿Ni siquiera con el pensamiento?

»—¡No vale la pena! Cuando mi pensamiento vuela, siempre se eleva por encima del mundo... Creo que el ángel de la perfección, el hermoso Gabriel, canta suavemente en mi

corazón. Si yo fuese rica y no trabajase, me elevaría con frecuencia sobre las alas diamantinas del ángel y volaría á mundos muy fantásticos. Hay contemplaciones que nos perjudican mucho á las mujeres. Debo á mis flores largas horas de tranquilidad, aunque no siempre sepan ocupar mi pensamiento. Algunos días siento el alma embargada por una inquietud sin objeto; ideas inexplicables se apoderan de mí y parecen detener la ligereza de mis dedos. Creo que se prepara en mi existencia un gran suceso, que mi vida va á variar notablemente; escucho en el vacío, miro á las tinieblas, me encuentro sin ánimo para trabajar, me distraigo sin saber con qué, y vuelvo después de mil fatigas á la vida de siempre... ¿Será esto algún presentimiento del cielo? Esto acostumbro á preguntarme.

»Después de luchar tres meses con la diplomacia oculta bajo una expresión de melancolía juvenil, y con una mujer, á la cual el desencanto hacía invencible, dije al conde que era imposible hacer salir á aquella tortuga de su concha, sin romper la cáscara. Un día, en otra discusión amistosa, la condesa exclamó:

»—Lucrecia escribió con su mano y su sangre la primera palabra de la cartilla de las mujeres: ¡Libertad!

»El conde me dió carta blanca para obrar.

»Un sábado por la noche encontré á la condesa en el saloncito, donde me recibía, cuando no se hallaba en su pequeño taller.

»—He vendido esta semana en cien francos las flores y los adornos que he hecho, me dijo alegremente.

»Eran las diez. Un ambiente de julio y una luna clarísima nos envolvía con sus rayos. Ráfagas de perfumes acariciaban nuestras almas; la condesa hacía resonar las cinco monedas de oro que un comisionista en flores, buscado por el conde, había entregado á la Gobain.

»—¿Qué inmensa dicha para la mujer, dijo la condesa, es ganarse la vida por medio del trabajo y hacerse libre é independiente, cuando las leyes de los hombres han querido hacernos esclavas! Todos los sábados siento hasta excesos de orgullo. ¡Ganarse la vida, qué placer!

»—Esa no es la misión de la mujer.

»—Yo no soy una mujer, soy un muchacho dotado de alma tierna, pero un muchacho al cual las mujeres no pueden atormentar.

»—La existencia de usted es la negación de su naturaleza. ¿Cómo usted, en quien Dios ha derramado sus tesoros de hermosura y amor, no anhela...?

»—¿Qué? preguntó inquieta por una frase que desmentía un poco mi papel.

»—¿El qué? Un lindo niño de rubios cabellos, que, yendo y viniendo entre sus flores, como una flor de vida y amor, le dijera tiernamente: Mamá, dame un beso.

»Esperé contestación. Aunque la curiosidad no me permitía ver el efecto causado por mis palabras, su silencio demasiado prolongado, me hizo comprender que el efecto había sido terrible. Reclinada en su diván, la condesa estaba fría y presa de un ataque de nervios: parecía ligeramente desvanecida por un sutil veneno. Llamé á la Gobain, y entre los dos condujimos á Honorina á su dormitorio: la Gobain desnudó, le aplicó algunas sales y la volvió, más que á la vida, al sentimiento de un profundo dolor. Yo entretanto me paseaba llorando por los pasillos, dudando de mi éxito. La Gobain me encontró con los ojos llenos de lágrimas, y al verme así, se dirigió á la condesa y le preguntó:

»—Señora, ¿qué sucede? El señor Mauricio llora como un niño.

»Estimulada Honorina por la interpretación que á nuestra actitud pudiera darse, hizo un esfuerzo sobrehumano, se puso una bata blanca y se dirigió hacia donde yo me hallaba.

»—Mauricio, usted no es la causa de mi desvanecimiento; sufro espasmos y violentas palpitations de corazón.

»—¿Y quiere usted ocultarme sus pesares? le dije enjugando mis lágrimas y con un acento dulcísimo. ¿No acabo de comprender por el accidente de hoy y por sus suspiros, cuando se habla de niños, que ha sido usted madre y que tiene la desgracia de no serlo ya?

»—¡Marial gritó bruscamente tocando la campanilla.

»La Gobain se presentó.

»—Luz y té, le dijo imperiosamente con la sangre fría de una orgullosa lady.

»Cuando la Gobain encendió las bujías y cerró las persianas, Honorina presentó una fisonomía muda; su arranque de ferocidad se había dulcificado; en seguida me preguntó:

»—¿Sabe usted por qué me gusta tanto lord Byron? Porque ha sufrido ferozmente. ¡La queja es ridícula, cuando no

es una elegía como la de Manfredo, una ironía dolorosa como la de Don Juan, ó un delirio como el de Childe Harold! Nadie sabrá nada de mí. Mi corazón es un poema que sólo Dios leerá.

»—Si yo quisiera... dije.

»—Sí, repitió ella.

»—No me intereso por nada, no soy curioso; pero si yo quisiera, sabría mañana mismo todos sus secretos.

»—Le desafío á usted á ello, me dijo con una ansiedad mal disfrazada.

»—¿En serio?

»—Naturalmente, quiero saber si ese crimen es posible.

»—Sus delicadas manos indican que no están avezadas al trabajo. Además, no se llama usted señorita Gobain, pues el otro día, al leer el sobre de una carta, dijo usted distraída: «Toma María, esta carta es para ti.» María es la verdadera Gobain. De modo que oculta usted su nombre; señora, no lo debe temer de mí. Tiene usted en mí el amigo más adicto que... Amigo, verdadero amigo. Entiéndalo bien, doy á esta santa palabra su verdadera acepción, tan profanada en Francia, donde llamamos lo mismo á nuestros enemigos. Este amigo que la defenderá contra todo, desea verla feliz como merece usted serlo. Tal vez el dolor que le causé á usted involuntariamente, fué una de mis pruebas...

»—Sí, dijo ella con una audacia amenazadora, sea usted curioso y dígame todo lo que pueda saber acerca de mí; pero... está usted obligado á decirme por qué medios ha sabido cuanto me concierne. La conservación de la escasa felicidad que aquí disfruto, depende de sus frases.

»—Esto quiere decir, que huiría usted...

»—Alzaría mi vuelo á otros mundos.

»—En los cuales estaría usted á merced de las pasiones delicadas y brutales que podría usted inspirar. El genio y la belleza brillan y atraen las miradas. París es un desierto sin beduinos, es el único país donde es fácil ocultarse cuando uno vive de su trabajo. ¿Qué soy para usted? Un servidor más; soy el señor Gobain, eso es todo. No se puede usted quejar. Si tiene usted que sostener algún duelo, un testigo puede serle útil.

»—No me importa que sepa usted quién soy, es más, lo quiero.

»—Pues bien, mañana á estas horas le diré lo que haya

descubierto. Pero no me tome usted odio. ¿Obrará usted como las demás mujeres?

»—¿Qué hacen?

»—Nos ordenan numerosos sacrificios, y después que los hemos hecho, nos los reprochan como una injuria.

»—Tienen razón, si lo que han pedido les ha parecido á ustedes sacrificio, dijo con gran malicia.

»—Cambie usted la palabra sacrificio, por la palabra esfuerzo, y...

»—Tal vez será una impertinencia.

»—Perdone usted, olvidaba que la mujer y el Papa son infalibles.

»—Dios mío, dos palabras solas podrían turbar esta paz tan querida que disfruto, valiéndome del engaño. ¿Dónde iría entonces? Sería preciso dejar esta hermosa mansión, arreglada para terminar en ella mis días dulcemente.

»—¿Acabar aquí sus días! le dije con marcado espanto. ¿No ha pensado usted en que puede llegar un momento en que no tenga trabajo?

»—Tengo economizados ya mil escudos.

»—¿Cuántas privaciones representa esa cantidad!

»—Hasta mañana. Déjeme usted ya. Quiero estar sola. Necesito reunir fuerzas por si llegan días menos venturosos. Hasta mañana.

»—Mañana el combate, dije sonriendo para que esta escena tuviese un carácter de broma. Mañana el combate, salí diciendo por los pasillos; y al visitar después al conde en el bulevar, le oí decir también:

»—*Mañana el combate.*

»La ansiedad de Octavio igualaba á la de Honorina. El conde y yo nos paseamos hasta las dos de la mañana por delante de los fosos de la Bastilla, como dos generales que, en vísperas de una batalla, miden el terreno y estudian los menores detalles, reflexionando que de una casualidad puede depender el triunfo. Estos dos seres, separados violentamente, velaban, el uno por la esperanza, el otro por la angustia. ¡Qué noche para los dos! Los dramas de la vida no dependen de las circunstancias, sino de los sentimientos; se desenvuelven en el corazón ó en ese mundo inmenso que podemos denominar *mundo espiritual*. Octavio y Honorina viven únicamente en ese mundo espiritual. Fui exacto. A las diez de la noche me recibió por primera vez en su tocador, nido

azul y blanco que parecía encantado. La condesa me miró, quiso hablarme y se detuvo asombrada de mi expresión seria y respetuosa.

»—Señora condesa, le dije sonriendo.

»La pobre mujer, que se había levantado, cayó sobre su sillón, y quedó sentada en una actitud tan dolorosa, que hubiera inspirado á un pintor.

»—Es usted, dije continuando, la mujer del más noble y más considerado de los hombres, de un hombre á quien consideran grande y que lo es más de lo que el mundo cree. Usted y él son dos grandes caracteres. ¿Dónde cree usted hallarse?

»—En mi casa, contestó abriendo los ojos y con mirada fija y asombrada.

»—Se halla usted en casa del conde Octavio. Está usted engañada al creer otra cosa. El señor Lenormand no es el amo de este pabellón, este nombre es falso y oculta el del conde. La admirable tranquilidad de que disfruta usted es obra del conde; el dinero que cree usted ganar, viene de él, cuya protección alcanza hasta á los menores cuidados de su vida de usted. Su marido la ha rehabilitado á usted en el concepto del mundo, ha justificado su ausencia, diciendo que se embarcó usted en el vapor *Cecilia* que naufragó, que fué usted á la Habana con una parienta para recoger una herencia, que no supo de usted en mucho tiempo, y que, por fin, después de mil peripecias, le ha escrito usted dándole esperanzas. El conde ha tomado, para ocultarle á usted, más precauciones que usted misma, él le obedece...

»—Basta, no quiero saber más que una sola cosa: ¿por quién sabe usted estos detalles?

»—Señora, mi tío ha colocado en casa del comisario de policía de estos contornos á un joven sin fortuna con el cargo de secretario. Este hombre me lo ha dicho todo. Si deja usted el pabellón hoy mismo, furtivamente, su marido sabrá dónde va usted y su protección le seguirá á usted á todas partes. ¿Cómo ha podido creer una mujer de talento que los comerciantes le compraban las flores á tan alto precio? Pida usted mil escudos por un ramo, los obtendrá. Jamás ha sido la ternura de una madre tan ingeniosa como la de su marido. He sabido que el conde viene frecuentemente á contemplar la luz de su lámpara, de noche. El gran chal que le vendieron á usted como usado, le costó al conde tres mil francos.

En fin, ha sido usted hasta ahora una Venus en las redes de Vulcano; pero ha estado usted presa, completamente sola, presa por la sublime generosidad de un hombre honrado.

»La condesa temblaba como tiembla una golondrina que, sujeta por el cuello, nos dirige miradas moribundas. Agitada por una convulsión nerviosa, me miraba con gran desconfianza. Sus ojos, secos, arrojaban miradas abrasadoras; pero al fin, fué mujer... y dejó correr sus lágrimas. Mas no lloró por hallarse enternecida, lloró de rabia, de impotencia, de desesperación. Ella quería ser independiente y libre, el matrimonio le pesaba como á un cautivo su prisión.

»—Ya que me obligan, dijo, iré donde nadie pueda seguirme.

»—¿Quiere usted matarse? Señora, debe usted tener razones muy poderosas para huir del conde Octavio.

»—Ciertamente.

»—Pues bien, dígame esas razones, dígaselas al menos á mi tío. Si mi tío es sacerdote en el confesonario, no lo es en el salón. La escucharemos á usted con la mayor atención, buscaremos solución á los problemas que la agobian, y si ha sido usted víctima hasta ahora, bien pronto dejará de serlo. Su alma me parece pura, pero si ha cometido usted alguna culpa, bastante expiada está... Crea usted que tiene en mí un hermano. Si quiere usted sustraerse á la tiranía del conde, le daré á usted medios y no la encontrará jamás.

»—¡Oh! sí, existe el convento.

»—Sí, pero el conde es ministro de Estado y hará que no la admitan á usted en ninguno. Por muy poderoso que sea el conde, sabré librarla á usted de él, después que me demuestre que no puede usted, que no debe usted volver á él. No tema usted que al huir de su poder caiga en el mío, le dije al observar la altanera mirada que me dirigió, mirada llena de altivez y de desconfianza. Tendrá usted paz, soledad é independencia; será usted tan respetada como si fuese vieja, fea y antipática. No podré verla á usted sin su consentimiento.

»—¿Y cómo? ¿por qué medios?

»—Señora, ese es mi secreto. No la engaño á usted, esté segura de ello. Demuéstreme que esta vida es la única que puede llevar, que la prefiere usted á la vida de la condesa Octavio, rica, considerada, amada de su esposo, tal vez madre feliz... y la complaceré á usted.

»—¿Existe un hombre capaz de comprenderme y de juzgarme?

»—Llamaremos á la religión en su auxilio. El cura de Blanc-Manteaux es un santo, de setenta y cinco años de edad. Mi tío no es el gran inquisidor, mi tío es san Juan; pero se convertirá en Fenelón para usted, en el Fenelón que decía el duque de Borgafía: «Comed un carnero en viernes, pero sed cristianos.»

»—El convento debe ser mi último recurso y mi postrer asilo. Sólo Dios me puede comprender. Ningún hombre, ni el mismo san Agustín, el más tierno de los padres de la Iglesia, podrá penetrar en los escrúpulos de mi conciencia, que son para mí los círculos estrechos del *Infierno* de Dante. Otro hombre, por indigno que fuese de él, hubiera tenido todo mi amor; el conde no lo ha tenido porque no se lo ha tomado; se lo entregué, como una madre da á su hijo un juguete maravilloso, y él hizo lo que el niño con el juguete... No había dos amores para mí. El amor en ciertas almas no es un ensayo, *existe ó no existe*. Cuando se muestra, cuando se levanta, es completo. Aquella vida de diez y ocho meses me ha parecido de diez y ocho siglos. Empleé todas las facultades de mi sér en mi ventura, y no la pude lograr. La copa de la felicidad no estaba vacía para nosotros, estaba vaciada. Nadie puede llenarla cuando se ha roto. Estoy fuera de combate, no tengo armas. Después de todo, ¿qué soy? El resto de un festín. No me han dado más que un hombre, como no tengo más que un corazón; mi marido tuvo en su casa á la joven inocente, un indigno amante ha tenido á la mujer; no queda nada ya. Dejarme amar, he aquí la gran palabra que va usted á pronunciar. ¡Oh! jeso es imposible! Soy algo todavía, me estimo en mucho, y me sublevo á la idea de prostituir mis sentimientos. Sí, he visto claro á la luz del incendio, y ¡cosa rara! hasta concibo ceder al amor de otro hombre, pero al de Octavio, nunca.

»—Entonces, le ama usted.

»—Le estimo, le respeto, le venero, no me ha hecho daño alguno, es bueno y tierno, pero no puedo ya amar... No hablemos más de esto. Por escrito le haré conocer mis ideas acerca de este asunto, pues en estos momentos me ahogo, tengo fiebre, tengo los pies en las cenizas de una hoguera. Todo lo veo; estas cosas que creía conquistadas por mi trabajo, me recuerdan lo que quisiera olvidar. Quisiera huir de aquí como huí de mi casa.

»—¿Dónde iría usted? ¿Puede existir una mujer sin protector? A los treinta años, en todo el esplendor de la belleza, rica en fuerzas que no sospecha usted, tierna y dulce, quiere usted ocultarse en un desierto. Esté usted tranquila: el conde no la ha molestado á usted hasta ahora con su presencia, no la verá á usted si usted no se lo permite. Tiene usted de garantía su sublime vida en estos nueve años transcurridos. Puede usted resolver tranquila, con mi tío y conmigo, acerca de su porvenir. Mi tío es también poderoso cual un hombre de Estado. Cállese, no exagere su desgracia. Un hombre que ha encanecido en el santo ejercicio de su sacerdocio, no es un mito; será usted comprendida perfectamente por el hombre al que le están confiadas hace cincuenta años las pasiones de todas las criaturas, y que tiene en sus manos los corazones de los príncipes y los reyes. Si es severo bajo la estola, ante las flores de usted será dulce cual ellas é indulgente como su divino Maestro.

»Dejó á la condesa cerca de las doce, y quedó tranquila en apariencia, pero sombría y en disposiciones secretas, que ni la más fina perspicacia podía adivinar. Encontré al conde á algunos pasos de distancia, en la calle de Saint-Maur, habiendo dejado el lugar donde debíamos vernos, porque la impaciencia le devoraba.

»—¿Qué noche pasará la pobre mujer! me dijo después de haberle referido la escena que había ocurrido. ¡Si yo fuese, si me viese repentinamente!

»—Sería capaz de arrojarle por la ventana, le contesté. La condesa es de esas Lucrecias que no sobreviven á una violencia, aunque ésta venga de un hombre al cual se entregarían.

»—Es usted demasiado joven, y no sabe que la voluntad de un alma agitada por tan crueles indecisiones, es como la ola de un mar tempestuoso, el viento cambia á cada momento y la ola tan pronto está en una orilla como en otra. Esta noche tendrá mil alternativas; tan posible sería que se echase en mis brazos si me viera, como que se arrojase por la ventana.

»—¿Y aceptaría usted esta expuesta alternativa?

»—Tengo en casa, para poder esperar hasta mañana á la noche, una dosis de opio que Desplein me ha preparado á fin de poder dormir sin peligro.

»Al día siguiente, á las doce, la Gobain me llevó una carta